ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

EL HIJO DEL TORRENTE

MELODRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Original de

FLORENTINO MOLINA

Y

VICENTE SANTANA

Manuel Vigo.

20

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1895

Al reputado primer actor
y Director
Don Manuel Vigo
Recuerdo cariñoso de sus amigos
Los Autores

EL HIJO DEL TORRENTE

EL HIJO DEL TORRENTE

MELODRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FLORENTINO MOLINA

Y

VICENTE SANTANA

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Moderno
la noche del 12 de Enero de 1895

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO MENÁRGUEZ

Calle de la Princesa, 33

1895

AL REPUTADO PRIMER ACTOR

Don Enrique F. de Jáuregui

A usted, que con su gran talento é inspiración ha dado forma y vida á este melodrama, debemos el triunfo obtenido y las múltiples felicitaciones de que hemos sido objeto por parte del público y de la prensa.

Creemos, por lo tanto, un deber, el colocar su nombre al frente de estas líneas, las cuales dedicamos á usted en prueba de gratitud y de admiración.

Los Autores.

Madrid, Enero, 1895.

PERSONAJES	ACTORES
JUANA	Sra. Guijarro.
MARIA	Srta. Cáire.
MOSTILLO	Sr. Jáuregui.
FERNANDO	» Salgado.
PATRICIO	» Galán.
MAESE ANTÓN	» Obón.
MARTIN DE PERALTA	» Moreno.
UN NOTARIO	» Leiva.
ALCALDE	» Cano.
DAMIAN	» García.
UN MOZO	» Sánchez.

Esbirros y mozos del pueblo.

La acción se supone en una Aldea.—Época de Carlos II.

Manuel Vigo.

ACTO PRIMERO

Hostería de Maese Antón. Puerta al foro y laterales. Ventana al foro izquierdo, y delante de ésta, mesa larga y bancos. Mesas á los lados. Al levantarse el telón, aparecen María y y Maese Antón, la primera observa desde el foro.

ESCENA PRIMERA

MARIA y ANTON

María. Nadie llega, padre mío.
Antón. Creí sentir de allá lejos
cierto rumor; ¡voto al diablo!
parece que el mismo infierno
ha echado la maldición
sobre mi casa.
María. No entiendo...
Antón. Fácil es de adivinar,
hija mía, este misterio.
Bien ves, que en nuestra hostería
se pasan días enteros,
sin que tengamos la honra
de albergar á un viajero,
que á cambio de mis servicios,
haga que se aumente el peso
de mi bolsa.

MARÍA. Ciertamente,
que noto desde hace tiempo,
que no bastan los cuidados,
ni las viandas, ni el esmero,
que para satisfacer
los gustos del pasajero
se encuentre la recompensa
que en justicia merecemos.

ANTÓN. ¡Triste verdad!

MARÍA. Los que llegan,
por no hallar otro remedio,
en virtud de no existir
otro mesón más que el nuestro
á dos leguas en contorno,
lo hacen con tal miramiento,
que al entrar en nuestra casa,
fruncen airados el ceño;
otros hacen la señal
de la cruz, y hay pasajero
que se le oye murmurar
una oración.

ANTÓN. (Con solemnidad.) Lo comprendo.
¡La expiación es muy justa,
pero yo no la merezco!
Escucha al punto, María,
y sabrás este secreto.
Esta casa... ¡está maldita!

MARÍA. ¡Jesús! (Con espanto.)

ANTÓN. No extraño el efecto
que te causan mis palabras,
si nunca supiste aquesto.
Mas ya es hora que comprendas
que todos nuestros esfuerzos
serán inútiles; calma,
y escucha atenta un momento:
(Pausa.)
Tiempo hace ya, que un hidalgo
al declinar el postrero

rayo del sol, presentóse
una tarde aqui encubierto,
y en su porte distinguido
revelaba por su aspecto,
la nobleza de su cuna
y de su blasón los fueros.
Cubierto con su tabardo,
resguardaba con esmero
á un niño recién nacido
que con cuidado paterno,
miraba de vez en cuando
si es que estaba vivo ó muerto.
Pidió el huésped de cenar;
se le sirvió, y al momento
me llamó con gran cautela,
diciéndome en tono régio:
«Al lucir la nueva aurora,
me llamas; un aposento
prepara inmediatamente
donde descansen mis huesos,
pero antes es necesario
que cumplas lo que te ordeno.
Cien escudos de mi bolsa
desde ahora mismo te ofrezco,
si buscas á una mujer
que pueda dar el sustento
á este niño, que ha seis horas
alienta en el Universo.»
—Despojose del tabardo
dejándome tan perplejo,
que no supe qué decir
al pronto; pero repuesto
al contemplar á aquel angel
puro como el mismo cielo,
salí apresuradamente
buscando por todo el pueblo
mujer que le amamantase
con el jugo de su pecho.

Cumplida al fin mi misión
me volví alegre y contento,
depositando en los brazos
del incógnito viajero
á la infeliz criatura:
dióme una bolsa de cuero
diciéndome: «Toma en pago
del servicio que me has hecho,
y al lucir el nuevo día,
despiértame.»—Yo, cumpliendo
con el encargo, subí
muy temprano al aposento,
y hallé desierta la estancia
sin comprender el suceso.

(Pequeña pausa.)

Aquella misma mañana
se supo por todo el pueblo,
que un niño recién nacido
y casi de frío yerto,
junto al borde del torrente
yacía. Tan gran misterio
quiso indagar la justicia,
más reconocidas fueron
por mí, todas las señales
del hijo del caballero
que dí albergue en nuestra casa;
todo lo conté al momento,
y no pudiendo la ley
indagar el paradero
de aquel hombre, ni encontrar
para el castigo algún medio,
fué maldecida mi casa
y todos reconocieron
que en la hostería del diablo
se ocultaba un gran secreto.
Esta es tan sola la causa,
María, de no hallar medio
que haga medrar hoy mi bolsa.

MARÍA. Triste es la causa, por cierto,
si amenguando nuestra hacienda
pagamos culpas de ajenos.
Pero tengamos paciencia,
padre mío; quizá el cielo
se apiadará de nosotros.

ANTÓN. Falta nos hace en extremo.
Pero la tarde declina
(Asomándose al foro.)
y ya muy pronto tendremos
en casa á los hortelanos,
que volverán de regreso
de sus faenas. Prepara
las viandas.

MARÍA. Al momento.
(Váse María, primera izquierda.)

ESCENA II

MAESE ANTON

ANTÓN. ¡Maldita contrariedad!...
Llega en mi casa á influir
la negra fatalidad,
y nuestra felicidad
quiere al punto destruir.
Tan diabólico misterio
amengua mis intereses,
y demostrando su imperio,
hoy contemplo triste y sério
de la suerte los reveses.
La sangre del asesino
no circula por mis venas,
mas despiadado el destino,
hoy se cruza en mi camino
pagando culpas ajenas.
Me acosa la suerte impía

gozándose en mis rigores,
(Rumores dentro.)
¿Más qué es esto?... juraría...
(Asomándose al foro.)
No hay duda; hacia mi hostería
se acercan los labradores.

ESCENA III

DICHO, MOSTILLO Y MOZOS

MOST. ¡Dios le guarde, Maese Antón! (Entrando.)
ANTÓN. Él os ayude, hijos míos.
MOZO. Felices.
ANTÓN. Vamos, sentarse,
que el descanso y el buen vino
os devolverán las fuerzas.
(Se sientan en la mesa, foro izquierda.)
MOST. Tenéis razón, pues rendidos
llegamos desde la aldea
con dirección á este sitio.
ANTÓN. Honra que yo no merezco.
MOST. ¿Por qué no? pues yo concibo
que al venir á vuestra casa
estamos restituídos
con vuestra franca amistad
y un esmerado servicio.
ANTÓN. Gracias; pero las hablillas
del pueblo...
MOST. ¡Bah! ¡Bah!... lucido
quedaría el parroquiano
que al juzgarse sorprendido
tan sólo por un misterio,
cuya causa no concibo,
dejase de frecuentar
vuestra hostería.
MOZO. Eso mismo
he pensado yo.

ANTÓN. Las gracias
para todos os repito.

MOST. Dejad las galanterías
para otro día, y servirnos
un buen jarro de lo añejo
para unos cuantos amigos,
amén, de un trozo de asado
conque engañar los colmillos.
¿Os agrada mi elección?
(A los mozos.)

TODOS. Sí, sí.

MOST. Me alegro infinito.

ANTÓN. Voy al instante.

(Antón váse izquierda, y á poco sale con jarro y vasos, que coloca en la mesa, y desaparece por el mismo lado.)

ESCENA IV

DICHOS, MENOS ANTON

MOST. Sabed
que á vuestro amigo Mostillo,
lo que de rico le falta
le sobra de buen amigo.
Hoy se ha trabajado mucho,
y merced al gran cariño
que todos me profesáis
al verme sin pan ni abrigo,
me habéis cedido una parte
del trabajo, yendo unido
el ganarme una soldada
por vosotros.

MOZO. Es muy lícito.

MOST. Favor que yo os agradezco,
y estaré reconocido.
Lo mismo pasa en el pueblo;
no hay mesón ni caserío

que al verme desamparado
no venga alguno en mi auxilio,
diciéndome á lo mejor:
«Puedes venirte conmigo
si quieres ganar un sueldo
que hay que limpiar el molino.»
O bien me dicen: «Mañana
salgo de caza y te aviso
que á falta de mi lebrel
que está malo, yo te invito
á que me busques las piezas
que caigan» y yo sumiso,
husmeando con la vista
la pieza que haya caído,
suplo al lebrel, y me otorgan
el alimento preciso.
Y entre éstas y otras tareas
pasa la vida Mostillo,
de todos muy respetado
y él al par agradecido.

MOZO. ¡A su salud! (Bebiendo.)

MOST. (Idem.) ¡Vaya en gracia!
pues las penas con el vino,
suelen calmarse.

MOZO. Es verdad.

(MARÍA aparece por la izquierda con viandas, que les sirve.)

MARÍA. Aquí está lo que han pedido.

ESCENA V

DICHOS Y MARIA

MOST. Tan delicada hermosura,
el servirnos no merece.

MARÍA. Galante á lo que parece
llega hoy Mostillo.

MOST. Aunque dura
parezca la realidad

y exagerado mi afecto,
sois el tipo más perfecto
de toda la humanidad.
Lástima que un pobre diablo
cual es Mostillo, no viera
que de pronto rico fuera;
y cuantas verdades hablo,
hacer en la realidad
convertir la fantasía,
pues por mi gusto, os daría
hasta una corona real.

MARÍA. Me confunde tanto honor
señor Mostillo.

MOST. Más veo
que tan solo el buen deseo
ayuda al galanteador.
Y pues la suerte no abona
mis justas aspiraciones,
yo olvido mis ilusiones
y vos quedáis sin corona.

TODOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (Riendo.)

MARÍA. Siempre lo mismo.
Tiene Mostillo á mi ver,
ayudas de bachiller
con ribetes de cinismo.
Os expresáis como un sabio
sin haber cursado leyes.

MOST. ¡Ah, María! ¡Cuántos reyes
quisieran tener mi labio!
Yo nací para mandar,
pero la fortuna impía
no permitió á mi hidalguía
los medios para medrar.
Así es que, á falta de honores,
ya que otra cosa no puedo,
á mí mismo me concedo
soñar con mis servidores.

MARÍA. Hacéis bien.

MOST. Ya medraremos;
no siempre el destino niega
su favor. (Rumores dentro.)
MARÍA. (Asomándose). Gente aquí llega.
MOST. Pues entonces, callaremos.

ESCENA VI

DICHOS, MARTIN Y PATRICIO (foro), MAESE ANTON (izquierda.)

MART. ¡Ha de la hostería! (Entrando.)
ANTÓN. (Saliendo á su encuentro.) Entrad,
que todo cuanto haga falta
aquí hallarán vuesarcedes.
PATRI. Pues abreviemos palabras.
Preparad cena abundante
sin escasearnos nada;
sacad el vino mejor
que tengáis en vuestra casa,
y en tanto, sirva esta dobla
de principio de jornada.
(Dándole una moneda.)
ANTÓN. ¡Tal honra señor hidalgo!...
PATRI. ¡Por Santa Rita de Casia,
despejad!
ANTÓN. Seréis servido.
(Buena noche se prepara.)
(Antón da órdenes en voz baja á María. Esta desaparece con Antón por la izquierda. Martín y Patricio habrán ocupado una mesa á la izquierda, recatándose de los mozos.)

ESCENA VII

MARTIN, PATRICIO, MOSTILLO Y MOZOS

MART (¡Aquí fué!... ¡Bien lo recuerdo!...
¡esta hostería me espanta!)

PATRI. ¿Estáis fatigado?

MART. (Distraído.) Sí;
la jornada ha sido larga.

PATRI. Descuidad, que el buen añejo
y las consabidas magras
nos devolverán las fuerzas.

MART. (Idem.) Solo ambiciona mi alma
encontrar á la mujer
que con piedad sobrehumana
recogió junto al torrente
á ese niño.

MOST. (¡Virgen santa!
¡qué es lo que escucho!)

PATRI. (Sospecho,
Martín, que vuestras palabras
nos pueden comprometer,
pues esa gente...) (Por los mozos.)

MART. (Repara
que la historia del Torrente
fué de este pueblo olvidada
al trascurso de los años,
y nadie sospecha...)

PATRI. (Basta.)

(Martín y Patricio hablan en voz baja mirando de cuando en cuando á los mozos. Estos beben sin reparar en nada, menos Mostillo que les observa sin que ellos lo sospechen.)

MOST. (No hay duda; claro escuché
que en el torrente... La infamia
cometida con el niño
que recogió aquella anciana...
¡Oh, Dios mío! dadme luz
para descubrir la trama.)

MOZO. (¿Qué estás mirando?)
(Reparando en Mostillo.)

MOST. (Señalando á los otros.) (Silencio.)

MOZO. (¿Los conoces?)

MOST. (Por las trazas

son dos pájaros de cuenta;
si yo pudiese...) (Queda pensativo.)

MOZO. (En voz baja
hablando están y aquí miran.)
(Mostillo se levanta como iluminado por una idea.)

MOST. (Yo me buscaré las mañas
de oirles.) (A los mozos.)

MOZO. (¿De qué manera?)

MOST. (Muy sencillo; es cosa clara
que ambos pasarán la noche
en la hostería.)

MOZO. (¿Qué tramas?)

MOST. (El asunto lo merece...)
Dios os guarde; hasta mañana.
(Disponiéndose á marchar.)

MOZO. (¿Dónde vas?)

MOST. (Tengo un proyecto
y lo he de poner en planta.)

MOZO. (Pero si no nos explicas...)

MOST. (No me detengáis...)

MOZO. (Repara...)

MOST. (Seguidme y explicaré
mis intenciones.)

MOZO. (A los mozos.) (En marcha.)
(Vánse Mostillo y mozos por el foro.)

ESCENA VIII

MARTIN Y PATRICIO

PATRI. Vamos, ya estamos tranquilos.
(Reparando que nadie observa.)
podéis seguir explicando,
Martín, vuestras aventuras.

MART. Lo que os he dicho es exacto.
Esta es la maldita venta
que há muy cerca de diez años
visité: una criatura

reposaba aquí en mis brazos,
pues que con ella buscaba
quien la acogiese á su amparo
á cambio de mi fortuna,
encubriendo así el pecado
que ocultaba aquella madre,
y su deshonra.

PATRI. Está claro.

MART. A la mañana siguiente
salí de aquí, y á dos pasos
fuí sorprendido: dos hombres
se acercan enmascarados,
y robándome á mi hijo
fuí por ellos apresado,
y hasta hace muy poco tiempo,
Patricio, he estado encerrado.

PATRI. ¡Triste desgracia!

MART. ¡Un infierno
de dolores y quebrantos
sintió mi alma, al saber
que aquel hijo que amo tanto
desaparecido había;
pero hoy que libre me hallo,
sé que en este mismo pueblo
se encuentra, bajo el amparo
de una mujer, que apiadada
de abandono tan extraño
le recogió, y desde entonces
con él vive.

PATRI. ¡Noble rasgo
de piedad! (Con hipocresía.)

MART. Solo por eso
vengo á verla; he proyectado
hacerla feliz; mi bolsa
repleta está de ducados,
y á cambio que continúe
en su casa el ser amado,
hasta tanto que yo pueda

atraerlo hacia mis brazos,
mi fortuna será suya.

PATRI. ¡Noble acción!

MART. (Mirando izquierda.) Hacia este lado,
alguien se acerca.

PATRI. (Idem.) Es verdad,
Silencio no observen algo.

ESCENA IX

DICHOS Y ANTON (Con viandas que sirve).

ANTÓN. Perdónenme vuesarcedes
si es que les hice esperar.

PATRI. No hay nada que perdonar.

ANTÓN. Gracias por tantas mercedes.

MART. (Quizá este sepa...) Hostelero,
voy á hablaros de un asunto.

ANTÓN. Podéis hacerlo, que al punto
responderé, caballero.

MART. Solamente es indagar
contando con vuestra ayuda,
si aún existe aquí la viuda
del escudero Gaspar.

ANTÓN. ¡Oh! ciertamente señor;
es de virtud un modelo.

MART. ¿Y es pobre?

ANTÓN. Nególa el cielo,
toda clase de favor.
Pues aunque en el pueblo es
respetada su nobleza,
pródiga fué la pobreza
al cederla su interés.

MART. (¡No hay duda, es ella!)

ANTÓN. De fijo
que de alimento carecen,
pues las carnes enflaquecen
del pequeño.

MART. ¡Ah!... ¿Tiene un hijo?
(Con visible alegría.)
ANTÓN. Fué por ella aprohijado
un sér tierno é inocente
que en el paso del Torrente
se le encontró abandonado.
Y á pesar de la estrechez
en que la pobre vivía,
hoy en su casa lo cría
cuidando de su niñez.
MART. ¡Noble rasgo!... (¡Dios bendito,
mi entusiasmo me delata!)
ANTÓN. Pues con tal cariño trata
á ese inocente angelito,
que juro, y podéis creer
que el que su vida engendrara,
al verlo se avergonzara
de tan extraño querer.
MART. (¡Oh, miserable!...) En verdad
que es una historia muy triste
la de ese niño. (Cambiando de tono.)
ANTÓN. No existe
de tamaña crueldad
ningún indicio. (Callemos,
y ahorremos tan triste historia
que perturba mi memoria.)
MART. (¡Oh!... no importa; la veremos.)
Hoy su suerte va á cambiar,
siendo feliz cual ninguna.
ANTÓN. ¿Qué decís?
MART. Una fortuna
mañana la he de entregar,
que con inmenso cariño
su padre al morir dejára,
para que se lo entregara
á quien recogiera al niño.
ANTÓN. Pues mal se aviene la herencia
con su paterno abandono.

MART. No tal, que el feróz encono
(Con reprimida cólera.)
de unos seres sin clemencia,
robando á la criatura
fué su padre secuestrado,
y largo tiempo encerrado
sufriendo horrible clausura.

ANTÓN. ¡Jesús, Dios mío! (De modo,
(Hablando para sí y recordando.
que el padre al salir de aquí,
le robaron... eso... sí...
ahora me lo explico todo.)

MART. ¿Qué habláis?

ANTÓN. ¿Yo?... nada, señor,
condolerme de tal suerte.

PATRI. (Tu franqueza va á perderte.)
(A Martín.)

MART. (No abriguéis ningún temor.)
Pronto debéis disponer
(A Maese Antón.)
una cama y aposento
para dormir un momento,
que antes del amanecer,
buscaremos á esa viuda
y el dinero entregaré.

PATRI. (¡Antes mío lo veré
si la fortuna me ayuda!)

ANTÓN. Seréis servido.
(Al dirigirse Antón hacia la derecha, Mostillo, disfrazado de fraile franciscano y con la capucha calada, aparece en el foro. Antón se detiene.)

ESCENA X

DICHOS Y MOSTILLO

MOST. (Desde la puerta.) ¡En el nombre
del buen padre San Francisco,

guárdeos el cielo!

ANTÓN. Pasad.
(¡Calle... un padre en este sitio,
y á estas horas!...)

MOST. (Avanzando). Extraviado
por esas peñas y riscos;
permitidme que descanse,
señor, con vuestro permiso.

ANTÓN. Podéis hacerlo buen padre,
pues jamás al peregrino
se le cerraron mis puertas.

MOST. Dios con su poder divino
os conceda eterna paz,
por los siglos de los siglos.
(Sentándose en el banco.)

ANTÓN. ¿Y váis lejos?

MOST. (Sorprendido.) (¿Qué diré?)
Sí, hermano, junto al castillo
tengo mi santa morada,
más un asunto imprevisto
hizo retardar mi marcha
faltando mucho camino,
y pues la noche ha cerrado
detenerme fué preciso.

ANTÓN. Está bien, padre; Dios manda
consolar al afligido,
y yo cumplo el mandamiento
como pecador contrito,

MOST. ¡Allá en el cielo hallaréis
la recompensa, hijo mío!...
(Si supiera el buen Antón
que hablando está con Mostillo.)

ANTÓN. Así sea; perdonadme
que ahora con vuestro permiso,
cumpla mis obligaciones.

MOST. Nada más justo.
(Antón entra derecha.)

PATRI. (A Martín). (Concibo
que este padre va extraviado.)
MART. (Tal creo.)
MOST. (¡Por San Francisco
que ambos me observan de veras,
(Mirando á los hidalgos.)
más, juro poner en limpio
vuestros secretos.)
ANTÓN. (Saliendo derecha.) Dispuesto,
se encuentra desde ahora mismo
(A los hidalgos.)
vuestro aposento.
MART. Está bien.
El cansancio me ha rendido,
y sólo anhelo el reposo.
PATRI. (¡Yo te juro por Dios vivo,
que tu sueño será eterno!)
Vamos, pues.
ANTÓN. (2.° izquierda.) Por este sitio.
MART. Quedad buen padre con Dios.
MOST. ¡Que el poder de Dios bendito
os conceda eterna paz!...
PATRI. (¡O el infierno que es lo mismo!)
(Antón acompaña á los hidalgos hasta la puerta por donde desaparecen, volviendo Antón á escena.)

ESCENA XI

ANTON Y MOSTILLO

MOST. Oidme, hermano, un momento.
ANTÓN. ¿Qué deseáis?
MOST. Dos palabras.
¿Esos nobles os dijeron
de donde acaso llegaban?
¿Los conocéis?
ANTÓN. No por cierto,
ni tampoco me hace falta.

A mí que en oro me paguen
como Dios y el rey lo manda,
y después nada me importa
ni que vengan, ni que vayan.
Sólo sé que urgente asunto
motivará su llegada
pues me dieron el encargo
de llamarles, cuando salga
el sol, si no se despiertan.

MOST. (¡Yo descubriré esa trama!)

ANTÓN. Pero observo á todo esto,
que yo con toda mi calma
pasándome voy el tiempo
con tan agradable charla,
y me olvidé que el reposo
deseáis.

MOST. ¡Empresa vana!
Mi reposo en este mundo
sólo es un lecho de tablas.

ANTÓN. Bien, más hoy en el convento
no estáis, y vos...

MOST. (Señalando al banco.) Esta cama
tendré por hoy, buen hermano.

ANTÓN. (Pues digo, la cama es blanda.)
¿Y luz, queréis?

MOST. No preciso;
entra luz por la ventana,
y además, ahora la noche
en un momento se pasa.

ANTÓN. Entonces, con su permiso,
pues el lecho me reclama,
me retiro; Dios os guarde.

(Cerrando la puerta y apagando el farol.)

MOST. ¡Yo os bendigo!... (Bendiciéndole.)

ANTÓN. Hasta mañana.

(Váse Antón 2.ª izquierda. Mostillo observa la escena.)

ESCENA XII

MOSTILLO solo.

MOST. No hay duda; al fin se marchó;
ya estamos solos Mostillo,
y es preciso á todo trance,
mucha nariz, mucho oído,
y sobre todo gran vista,
y olfato. Desde este sitio,
(Tendiéndose en el banco.)
se pueden ver muchas cosas
de resultado magnífico
para mi plan, pues no en balde
hoy mi padre San Francisco
me cubre con su ropaje
para ver lo que preciso.
(Pausa. Escucha en la puerta derecha.)
No se por qué me figuro,
y casi, casi adivino,
que este par de pajarracos
aquí en balde no han venido.
Si yo pudiese indagar...
(Rumores dentro).
Mas, silencio... siento ruído...
no hay duda, gente se acerca...
cada mochuelo á su olivo.
(Se oculta tendiéndose á la larga entre el banco y la mesa que hay al pie de la ventana. Patricio sale por la derecha con el rostro descompuesto; en la mano derecha un puñal ensangrentado, y en la izquierda una bolsa de cuero y varios pergaminos.)

ESCENA XIII

PATRICIO Y MOSTILLO (éste oculto.)

PATRI. ¡Ah!... por fin... ¡la obscuridad
protegerá mi delito,

y hoy de mi crímen maldito
nadie sabrá la verdad!
¡Hacia el torrente cayó!...
¡No hay duda, mi brazo fuerte,
suspendió su cuerpo inerte,
y al abismo le lanzó!
¡Si alguien llegara á observar!...

(Blandiendo el puñal.)

mas, no hay cuidado, á fe mía.
(Guardando el puñal y la bolsa.)

MOST. (¡No dije!... yo bien sabía
que algo se puede indagar).

PATRI. Guardemos el documento
que á tiempo nos servirá,
y nos facilitará
gran servicio. (Rumores dentro.)
¡Ruído siento!...
¡Huyamos! (Dirigiéndose á la puerta.)

MOST. (¡Empresa vana!)

PATRI. ¡Se acercan!... ¡mi ruina es cierta! ..
¡Oh!... ¡cerrada está la puerta!...
¡No importa, por la ventana!

(Como iluminado por una idea, se sube sobre la mesa saltando de la ventana al interior. Al saltar deja caer un pergamino. Mostillo sale de su escondite.)

MOST. ¡Yo te seguiré en la huída
descubriendo qué motivo...

(Viendo el pergamino que dejó caer.)

Mas ¿qué es esto?... ¡Por Dios vivo!...
sí, no hay duda; el homicida
estos papeles perdió...
quizá pruebas... ¡Oh maldito!
¡Si te ampara tu delito
muy pronto lo sabré yo!

(Salta por la ventana en persecución de Patricio Maese Antón con farol encendido, aparece izquierda segundo término.)

ESCENA XIV

MAESE ANTON

ANTÓN. ¡Por la cruz de San Andrés!...
vaya una noche que llevo.
Ese ruído que he sentido...
El demonio se halla dentro!
De mi casa aquesta noche!
(Viendo la ventana abierta.)
Esa ventana han abierto
y por ella habrán salido.
Más el motivo no veo...
(Se asoma por la ventana.)
Sí, cabal; no me equivoco...
por allí se ve corriendo
un hombre... si yo pudiera
alcanzarle... ¡santo cielo!...
(Rumores dentro.)
Sí, es el fraile; ese ruído...
Es que vendrán de regreso
los mozos como acostumbran;
¡hacia aquí vienen derechos!...
No me parece que Antón
abre á estas horas. Callemos.

ESCENA ULTIMA

DICHO, ALCALDE Y CORCHETES

ALCAL. ¡Abrid al punto á la ley! (Dentro.)
ANTÓN. ¡Maldición!... ¡Mi ruina es cierta!
(Con asombro y abriendo la puerta.)
¡Oh!... ¡franca se halla mi puerta!
ALCAL. ¡Dáos preso, en nombre del Rey!
ANTÓN. ¡Jesus!...
ALCAL. ¡En vano es fingir
cubriendo el intento osado,
pués el momento ha llegado
de que os pueda descubrir!

ANTÓN. ¡Oh!... (Sin comprender.)
ALCAL. ¡No en vano esta venta
ha tiempo que está maldita
y á su traición necesita
una expiación sangrienta!
ANTÓN. Nada entiendo, y es razón
que os expliquéis...
ALCAL. ¡Necio fuera,
pues al villano le espera
ya la santa Inquisición!
ANTÓN. !Qué decís!... (Con terror.)
ALCAL. ¡Cobardemente
á un hombre, muerte habéis dado,
siendo al instante arrojado
por la ventana al Torrente.
ANTÓN. ¡No más! (Fuera de sí.)
ALCAL. ¡Silencio; amarradle!

(Los corchetes prenden á Antón.)

ANTÓN. ¡En mi funesta amargura,
pronto hallarán la impostura
de que hoy me acusan!
ALCAL. (A los corchetes,) ¡Llevadle!
ANTÓN. ¡Vamos!
ALCAL. ¡Pagaréis el mal!
ANTÓN. ¡Hoy la santa providencia
protegerá mi inocencia
ante el Santo Tribunal!

(Salen por el foro.)

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

Vivienda pobre de Juana. Puerta al foro y laterales. Ventana practicable á la derecha, y cerca de ésta, colgado en la pared, zurrón de cazador y escopeta.

ESCENA PRIMERA

JUANA y FERNANDO

FER. ¿En qué pensais, madre mía?
JUANA. Muy triste es mi pensamiento,
que un fatal presentimiento
hoy me inunda de agonía.
Declaro que hondos temores
como jamás los sentí,
hoy imperan sobre mí
con implacables rigores.
FER. ¿Más la causa?...
JUANA. Es la partida
tuya, querido Fernando;
del hijo que estoy amando
y por quien diera mi vida.
FER. No os entiendo...
JUANA. A la montaña
partirás...

FER. Según costumbre.
JUANA. Pues esa es mi pesadumbre
y lo que mi dicha empaña.
FER. Vuestro temor no me explico,
pues debéis considerar
que á la caza he de marchar,
puesto que á élla me dedico.
En ella mi distracción
encuentro, madre querida,
pues á mi deber va unida
tan sagrada obligación.
Por ella el sustento gano,
y gracias á mi destreza,
no hay en el monte una pieza
que se libre de mi mano.
Y más mi mente se afana
no ocultando mi contento,
puesto que gano el sustento
para mi madre y mi hermana.
JUANA. ¡Ven, hijo; ven á mi lado;
(Abrazándole.)
tu voluntad te agradezco,
y en recompensa te ofrezco
no romper aquestos lazos.
FER. Admito la recompensa
conque enlazais vuestro amor,
más no habladme por favor
de gratitud, que es ofensa.
Tan sólo por vos crecí
para que os pudiese amar;
¡cómo os podré yo pagar
lo que habéis hecho por mí!
(Pausa.)
En alas de la fortuna
y con cariño profundo,
sabéis que aliento en el mundo
huérfano desde mi cuna.

Hijo de un sér depravado
que obró tan villanamente;
junto al borde del torrente
por sus padres arrojado,
lanzado á la inmensidad
un pobre niño yacía,
y ansiosa le recogía
la sublime caridad.
Cual castigo á su baldón
con séres tan despreciados,
cargásteis con mis cuidados,
cumplísteis su obligación,
coronando el interés
de tan sublime grandeza,
la más humana pobreza
que hubo en la aldea. Vos, pues,
fuísteis, quien la caridad
ejercitásteis conmigo;
vos me dísteis el abrigo
de vuestra maternidad,
y labrando el porvenir
de mi vida infortunada,
á vuestra piedad sagrada
debe Fernando el vivir.

JUANA. Basta, hijo mío; el deber
es por tí recompensado.

FER. Tenéis razón.

JUANA. A mi lado
siempre te quisiera ver,
y ese es el justo motivo
que cuando sales de casa,
no acierto lo que me pasa
puesto que no lo concibo.

FER. Vano temor, que al llegar
cesa al instante la duda.

JUANA. Es verdad, pero hoy me ayuda
otro temor á dudar.

FER. Decid.

JUANA. La guerra se extiende,
no faltando en los caminos
malhechores y asesinos.
FER. Fácilmente se comprende.
Pero al pobre cazador,
¿quién osa cerrarle el paso?
JUANA. Es verdad, más por si acaso...
FER. No abrigueis ningún temor.
(Colócase el zurrón y coje la escopeta.)
Yo muy pronto volveré
cumpliendo con vuestro aviso,
pero marchar es preciso
y por nada cejaré.
Adiós, pues.
JUANA. (Abrazándole.) ¡Contigo va
mi pensamiento, hijo mío!
FER. Tan solo en mi Dios confío,
que Él no me abandonará.
Pronto llegará María
y nada la duda empañe.
JUANA. Que la Virgen te acompañe.
FER. ¡Hasta después, madre mía!
(Váse Fernando foro. Juana le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA II

JUANA, SOLA.

JUANA. Ya partió; ¿por qué me aflijo,
si al fin enjuga mis lágrimas?
Huérfano desde la cuna
desliza su tierna infancia,
compartiendo los pesares
de mi vida infortunada.
El dió á mis penas aliento
desde mi viudez temprana;
él, con infantiles juegos,
distrajo en horas amargas,

la soledad triste y lenta
en que el destino me lanza.
Él encontró en mí el calor
que sus padres le negaran,
y yo al par halle el consuelo
para esta infeliz anciana.

(Pausa.)

Veinte años ha, y nunca supe,
ni aun en secreto, la causa
del inclemente abandono
de Fernando; nunca en casa
presentóse gente alguna
que en su aspecto sospechara,
la atención hacia ese niño,
víctima de tal infamia.
No hay duda; quizá sus padres,
por fortuna ó por desgracia
murieron, y en ese caso
doble derecho me ampara.

(Pausa.)

¡Y si tras lento martirio!...
¿Y si después de mis ansias
por criarle á mi regazo,
un día se presentaran
sus padres?... ¡Oh!... negra duda
que jamás de mí se aparta,
y que lentamente inquieta
mi corazón y mi alma!
¡Cariño provisional
que la ley me arrebatara,
y cuyo dolor profundo
sólo la muerte calmara!

(Entra sollozando, segunda derecha. Pausa. Aparecen por el foro cautelosamente Patricio y Mostillo, éste vestido de mayordomo de un gran señor.)

ESCENA III

PATRICIO y MOSTILLO

MOST. Pasad; á nadie se vé.
PATRI. ¿Estás seguro? (Observando.)
MOST. (Idem.) Lo estoy.
PATRI. Pues yo juro por quien soy
que hoy mi afán conseguiré.
De María la pasión
me enajenó de tal suerte,
que á un á riesgo de mi muerte
he de saciar mi ambición.
Amor, que al ser rechazado,
tomó tan altivos vuelos,
que hoy arde en volcán de celos
mi corazón destrozado.
Pero toda mi riqueza
á sus pies he de humillar,
hasta poder alcanzar
de María la belleza.
MOST. ¿Y ella sabe?...
PATRI. No hallo modo
de que me atienda un instante,
pero en mi pasión constante
hoy estoy resuelto á todo.
Por todas partes la sigo
suplicando como un necio,
y el más profundo desprecio
tan sólo de ella consigo.
Más basta de humillación;
cese esta loca porfía,
pues hoy mismo será mía.
MOST. (¡Yo torceré tu intención!)
PATRI. Cerca se halla mi castillo
y si cuento con tu ayuda...
MOST. ¿Acaso mi señor duda
en asunto tan sencillo?

Nos entendemos los dos,
pues tras diez años de guerra,
al regresar á esta tierra
quiero servir solo á vos.
Que allá en los tercios de Flandes
mientras fuíme á pelear,
(Con intención.)
pude el poder apreciar
que tienen aquí los grandes.

PATRI. Pues busquemos la manera
de dar el golpe seguro:
al volver de aqueste muro
dispuesta está la litera.
Siempre de María en pos
llega un joven bravo y fuerte
que es cazador; quiero verte
cual vences entre los dos.
Si llegase acompañada,
mientras la tomo en mis brazos,
la emprendes á cintarazos
con ese mozo.

MOST. (Con miedo.) (¡Hay no es nada!)
Podéis estar descuidado
que saldré del compromiso.
(En cuanto pueda, le aviso
para que esté preparado.)
Pero silencio... (Se asoma al foro.)

PATRI. ¿Qué pasa?
Siento pasos... juraría...
(Asomándose al foro.)

MOST. Sí; no me engaño... es María
que se dirige á esta casa.

PATRI. (¡Oh!... por fin te lograré!...)
¿Se acerca ella sola?

MOST. Sí.

PATRI. Entonces, marcha de aquí.

MOST. Bien, señor. (¡Yo la veré!) (Vase.)

(Momento de indecisión en Patricio.)

PATRI. ¡Volveré!... cercana veo
mi ambición cobarde y terca;
¡cuando la dicha se acerca,
que angustioso es el deseo!
(Váse. A poco aparece María por el foro, con muestras de verdadero júbilo.)

ESCENA IV

MARIA (entrando.)

MARIA. ¡Madre, albricias! No está aquí
(Recorriendo la escena.)
Pobre mujer, ¡es tan buena!
Ella tan sola es mi madre,
por ella aliento en la tierra,
y el dolor y la alegría
debo compartir con ella,
pues mi padre... ¡Triste noche!
(Después de un momento de pausa.)
Por la justicia severa
fué sorprendido, y sin causa,
sin escuchar su defensa,
fué preso por asesino.
¡Preso, cuando la inocencia
lleva grabada en su rostro
cual símbolo de pureza!
(Pequeña pausa.)
Desde entonces mis tormentos
vino á calmar en su ausencia
la pobre Juana; acogióme
con cariñosa tutela,
y dándome pan y abrigo
como á una hija me venera.
Solo en ella y en Fernando
encuentra la pobre huérfana

el consuelo... más que digo,
ya me olvidé que en la tierra
existe un ser miserable
que perturba mi conciencia.
En el templo y en la plaza,
siempre ante mí se presenta
como espectro sanguinario.
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué intenta?
Más ya sé; ¡torpe ilusión!...
no sé quien es, más su idea,
es fácil de adivinar...
¡Ah!... ¡si Fernando supiera!...
Más no lo sabrá; y en tanto
que desprecio sus ofertas,
pensemos solo en Fernando
cuyo amor es mi existencia.
(Queda pensativa. Mostillo aparece en el foro y observa.)

ESCENA V

DICHA y MOSTILLO

MOST. (Sola está; muy bien: la cosa
se va poniendo á mi gusto.)
MARIA. ¡Ah!... ¿quién es?... (Sorprendida.)
MOST. (Sin avanzar.) Si es que os asusto,
pongo pies en polvorosa.
Más, sepa ese lindo talle,
al cual sumiso me domo,
que habláis con el mayordomo
de Don Patricio del Valle.
MARIA. ¿Acaso el dueño?... (Recordando.)
MOST. Cabal;
no hay quien empañe su brillo;
propietario del Castillo
y de su hacienda feudal.
MARIA. No se en que pueda servir...

MOST. Soy yo quien está dispuesto
á serviros; si molesto
con lo que voy á pedir,
me ausentaré en ese caso;
más tened por entendido,
que aquí llego tan rendido
que no puedo dar un paso.
MARIA. Si deseáis descansar,
pasad y tomad asiento.
MOST. Ese fué mi pensamiento.
MARIA. Entrad, pues.
MOST. (Avanzando.) (A no dudar
el niño está aquí, y bien puedo
descubrir...)
MARÍA. Vamos, sentáos.
MOST. Mil gracias, pero dignaos
hacerlo también.
MARÍA. (Se sientan.) Accedo.
MOST. Esta importuna visita
muy poco os molestará,
pues regresar debo ya
al castillo. Cierta cita
me detuvo en mi llegada,
y aún temiendo entretenerme
tengo al fin que detenerme,
pues es larga la jornada.
MARÍA. Hacéis bien.
MOST. No soy un chico
y los pies me pesan mucho,
y aunque en andar soy muy ducho
andé dos leguas y pico.
MARÍA. El cansancio es natural.
MOST. Mas calmaré mi agonía,
que en tan grata compañía
á nadie le fuese mal.
MARÍA. ¡Galante sois!...
MOST. No por cierto,

solo la verdad me abona.

(Pequeña pausa.)

Y... ¿no habita más persona
que vos aquí?

MARÍA. ¡Hubiese muerto
de dolor y de agonía
si en medio de tanto duelo,
no existiese algún consuelo
para la pobre María!
Viven además, señor,
mi hermano y mi anciana madre.

MOST. ¿Acaso no teneis padre?

MARÍA. (¡Oh!... ¡padre mío!...) (Solloza.)

MOST. El dolor
en vuestra faz se retrata
al recordar su memoria.
¿Lloráis?

MARÍA. Lloro... ante una historia
cuyo recuerdo me mata.

MOST. Pues siento haber recordado
vuestras penas, y lamento
ese justo sentimiento
al par que me ha interesado.
Vuestro acento me demuestra
el dolor que siente el alma;
quizá os devuelva la calma
el contar la historia vuestra.
No extrañeis mi petición
si en ella curioso he sido,
pues á mi interés va unido
el consuelo á la aflicción.

MARIA. No tiene importancia alguna
el ocultar mis pesares,
relatando los azares
de mi maldita fortuna.

(Pausa.)

No sé si habréis conocido

en este pueblo una venta,
donde hace tiempo, se cuenta
que fué el dueño sorprendido
por la justicia, y llevado
á prisión impúnemente;
ha poco que el inocente
murió al dolor entregado.

MOST. Vuestra triste narración
vá mi mente iluminando,
pues que me váis recordando
la venta de Maese Antón.

MARÍA. ¡Oh!... cierto... ¿vos conocéis
(Con interés.)
también la historia?

MOST. A su duelo,
unióse mi desconsuelo;
y ya que vos pretendéis
hablar de él, yo os aseguro
que su historia al recordar,
de mis ojos ví brotar
las lágrimas.

MARÍA. ¡Noble y puro
vuestro sentimiento al ver,
me ayuda en mi desventura,
y ese rasgo do ternura
hoy regenera mi ser.
¿Conocéis la historia?

MOST. Sí.

MARÍA. ¡Ah, padre del alma mía!...

MOST. ¡Cómo!... ¿Quién sóis vos!... (Con sorpresa.)

MARÍA. María.

MOST. ¡Su hija! (¡Torpe de mí!
Complicada situación;
vengo buscando al acaso
una historia, y sale al paso
la mártir de la traición!...)
(Cambiando de tono.)
Mi sentimiento os repito

y al par, que tengáis paciencia,
no siempre la providencia
nos abandona. El delito
quizá descubierto sea
y entonces...

MARÍA. ¡Grata esperanza,
que nunca mi dicha alcanza!

MOST. ¡Quién sabe, si cuando crea

(Con intención.)

que está libre el asesino,
una mano salvadora
le señala al fin su hora
presentando en su camino
ciertas pruebas...

MARÍA. (Impaciente.) ¿Vos sabéis?...

MOST. Nada sé; más considero
que fué inocente, y espero
el castigo. No lloréis,
y confiad en el cielo
y en que su fama recobre.

MARÍA. ¡Aunque la razón os sobre,
amargo es mi desconsuelo!

MOST. ¿Y cómo os halláis aquí?

MARÍA. Fuí recogida por Juana,
cuya pobre y noble anciana
viendo tal desdicha en mí,
á falta de mi buen padre
y con amor sobrehumano,
dióme en Fernando á un hermano
y en ella á mi santa madre.

MOST. Luego... ¿ese Fernando es hijo?

MARÍA. Corriendo la misma suerte,
le libertó de la muerte
junto al Torrente. De fijo
que su padre despiadado
quiso ocultar su existencia,
dejándole á la inclemencia

desde niño abandonado;
quien recogió humanamente
Juana, con cristianos modos,
y aquí le conocen todos
por el Hijo del Torrente.

MOST. (¡No hay duda, es él!) He oído
hablar de él alguna vez;
es muchacho de honradez,
laborioso é instruído;
y paga la noble acción
que debe á esa pobre anciana,
pues en el monte se afana
desde el alba á la oración.
Más de una tarde le ví
al regresar al castillo:
su porte es noble y sencillo,
y en su semblante advertí
la nobleza y el valor.

MARIA. ¡Eso os lo puedo jurar,
(Con pasión.)
pues pruebas me supo dar
de ser fiel.

MOST. Con mucho amor,
habláis de él.

MARÍA. Cual se merece
el que noble y generoso,
se considera dichoso
cuando su apoyo me ofrece.
¡El llega! (Va hacia el foro.)

MOST. (¡Pobre mancebo!
¡Sufres rigor inhumano!...
más tu dicha está en mi mano,
y yo entregártela debo!)
(Fernando aparece por el foro.)

ESCENA VI

DICHOS Y FERNANDO

FER. ¡El cielo os guarde! (Entrando.)

MOST. Y á vos.
MARÍA. ¡Hola Fernando!
FER. ¿En qué puedo
servíros? (A Mostillo, colgando escopeta y zurrón.)
MOST. Aunque muy poco
acostumbramos á vernos,
no sé si recordaréis
de mí...
FER. Lo cual me honro en ello.
¿Sóis sin duda el que habitáis
en el castillo?...
MOST. Es muy cierto.
mayordomo del señor
de esas haciendas, y espero
que no haremos muchas migas
si Dios quiere, y el resuello
me deja para charlar
ciertas cosas.
FER. No comprendo...
MOST. Diez años estuve en Flandes
peleando con los tercios,
y sólo pensé en volver
á este lugar, donde espero
descubrir ciertos asuntos
de interés; ya mi deseo
se realiza poco á poco,
pues apenas llegué al pueblo,
entré á servir al castillo,
y una vez en él, prometo
seguir á ese hombre los pasos
cual sigue la sombra al cuerpo.
¡Oh!... prometo que he de ser
su expiación!
FER. (Sin comprender.) ¿Según eso,
no le queréis bien?...
MOST. ¿Querer?
¡Colgado de un pino recio
como acaban los infames

que aparentan el no serlos!
En fin, si le conocéis
ya juzgaréis por su aspecto...

MARÍA. No le conozco.

FER. Ni yo...

MOST. No es fácil; pues tiene empeño
en ocultarse, sin duda
debido al remordimiento.
¡Es un pájaro de cuenta;
¡una víbora! ¡un!... callemos
porque ya sabréis más tarde
quién es. Por ahora pensemos
en regresar al castillo,
pues llegué aquí tan maltrecho,
que me detuve un instante
á descansar.

FER. Sois muy dueño
de penetrar en mi casa
cuando gustéis: sólo siento
que mi extremada pobreza...

MOST. No penséis jamás en eso.
Sóis pobre, pero quién sabe...
(Con marcada intención.)
No siempre ha de ser el cielo
tan despiadado, y tan... vamos...
ya me entendéis...

FER. Nada entiendo.

MOST. Paciencia, y que Dios os guarde.
(Dísponiéndose á marchar.)

FER. Esperad; aún está lejos
el castillo y...
(Cogiendo la escopeta para marchar.)

MOST. Nada importa.

FER. Quiero acompañaros.

MOST. Pero...

FER. La noche ya se aproxima,
y es fácil algún encuentro.

MOST. Nada temo.
FER. Sin embargo,
tengo ese gusto y...
MOST. Acepto.
Mil gracias y Dios os guarde.
(A María.)
MARÍA. El os acompañe. (Espero
que no tardes.) (A Fernando.)
FER. (Nada temas;
dí á madre que pronto vuelvo.)
(Vánse foro.)

ESCENA VII

MARIA A POCO PATRICIO

MARÍA. La virgen les acompañe
y lleguen pronto al castillo.
En verdad que me interesan
sus palabras; por lo visto
también conoce la causa
de mi desgracia. No atino
quien pueda ser; es muy fácil
que halla en el pueblo nacido.
Pero cerremos la puerta.
(Al dirigirse al foro á cerrar, Patricio aparece. María retrocede asustada.)
¿Quién es? ¡Un hombre! ¡Dios mío!
¡Ah!...
PATRI. No os asustéis. (Con calma.)
MARÍA. (¡Este hombre
siempre puesto en mi camino!...)
¿Qué buscáis?...
PATRI. (Avanzando.) ¡Raro es por cierto
que os alarméis! No concibo
que siendo vos tan hermosa,

nunca uséis para conmigo
la galantería.

MARÍA. ¡Al punto
salid, ó llamo ahora mismo
á Fernando!...

PATRI. Necio fuera.
yo obedezco por capricho,
pero á la fuerza, ¡quién sabe
lo que fuese de él!

MARÍA. (¡Dios mío!)

PATRI. Llamádle, si es que así os place;
¡más tened por entendido,
que pronunciais su sentencia!

MARÍA. ¡Oh!... ¡no tal!...(Suplicante.)

PATRI. Yo me resigno
á suplicar sólo á vos;
á humillarme si es preciso,
al menor mandato vuestro,
pero á los demás, ¡el brillo
tan sólo de mi nobleza
les humillará de fijo!

MARIA. ¿Qué quereis?...

PATRI. ¡Torpe pregunta!
¿pues acaso no lo he dicho?
¡No escuchásteis ya la voz
que tan constante repito,
de este amor desenfrenado
que casi raya en delirio?

MARÍA. ¡Oh!... ¡callad!

PATRI. ¡Quién pone diques,
cuando el huracán bravío
arrastra con furia loca
lo que encuentra en su camino!
¡Cuál la sombra á vuestro cuerpo
hace tiempo que os persigo,
hasta que logre aplacar
este infierno!

MARÍA. (¡Dios bendito!...)

¡Salid!... si acaso os escuchan...
PATRI. Nada importa; decidido
á todo estoy. ¿Por qué causa
no dáis, María, al olvido
vuestras recriminaciones,
y torciendo este destino
hacéis feliz al que sufre
de este amor el infinito!

(Se acerca á María. Esta retrocede indignada.)

MARIA. ¡No os acerqueis!... ¡Si otro paso
dieseis, por ventura, grito,
y entonces....
PATRI. (Moderándose.) Perded cuidado,

(Pequeña pausa.)

No han bastado los suspiros,
ni mi pasión, ni mis súplicas
á enterneceros, y hoy mismo
os habéis de arrepentir
de vuestro torpe desvío.
MARIA. (¡Oh! ¡me horroriza su acento!...)
¿Que intentais? ¿Por qué motivo?
al suplicaros de nuevo,
que me arrojéis al olvido,
no lo hacéis?
PATRI. Grandes riquezas
puedo poner ahora mismo
á vuestras plantas y...
MARIA. ¡Basta!
Yo no puedo dar oídos
á esas palabras... quizá
Fernando ya está en camino
y si os oye...
PATRI. Esa es la causa
de vuestro desdén.
MARIA. No atino...
PATRI. ¡Fernando!... ¡á ese tan sólo
escucháis, y los latidos

de vuestro pecho por él
tan sólo son el motivo!
¡Él mismo no se dá cuenta
que camina al precipicio,
al usurparme el amor
que en mi corazón ansío!

MARIA. ¡Qué habéis dicho! ¡acaso intenta
vuestro rencor!...

PATRI. (Amenazante.) ¡Sólo os digo
que su momento fatal
se acerca!

MARIA ¡Oh!... no, ¡Dios mío!
¡Nada intentéis, sólo á mí
martirizad, si es preciso....
pero á Fernando...

PATRI. El tan sólo
me ha lanzado hasta el abismo,
y ¡ay de él!...

MARIA. ¡Oh, no, perdón!...
¡perdón para él os suplico!

(María suplica á Patricio. Fernando aparece en el foro.)

ESCENA VIII

DICHOS Y FERNANDO

FER. ¡Qué es esto! (Alarmado.)
PATRI. (Aparte á María.) ¡Silencio!...
MARIA. (A Fernando.) ¡Nada!
FER. ¡Qué es lo que pasa, ó al punto!...
(Amenazante al ver á Patricio.)
PATRI. (Conviene variar de asunto.)
MARÍA. (No temas.) (A Fernando con aparente calma.)
FER. (Está turbada!...)
PATRI. No os alarmeis tan ligero,
buen mozo; tened paciencia,

que el que está en vuestra presencia
es un noble caballero.

FER. (Con recelo.) Así será; más preciso
me déis una explicación
de lo que ocurre.

PATRI. Es razón.
(Evitaré el compromiso.)
Antes será necesario
que os diga con quién tratais,
así, pues, sabed que hablais
al señor y propietario
del castillo.

MARÍA. (¡Santo cielo!)

FER. Luego vos...

PATRI. ¡Soy Don Patricio
del Valle, que en beneficio
de vos, me guía el consuelo.

FER. No os entiendo. (Con desconfianza.)

PATRI. Vuestra hermana
sólo os podrá convencer;
vine tan sólo á ofrecer
mi apoyo...

FER. (¡Oh!... ¡empresa vana!)
Más la humillante actitud
en que se hallaba María...

MARÍA. No te alarmes; me ofrecía
protección, y en gratitud...

FER. (¡Oh!... yo sabré...)

PATRI. (Calmándose.) Veo amigo
que se exalta vuestra mente,
recibiendo indiferente
al que os brinda ser amigo.
Pues de extrañar nada es
que en vuestra humilde pobreza
unida á vuestra belleza,
(Dirigiéndose á María.)
yo me tomase interés.
Más por lo visto, mi ayuda

se desprecia en vuestra casa.

MARIA. (¡Oh!...)

FER. (¡Mi corazón se abrasa
con la más funesta duda!)

PATRI. Pensad que mi protección
puede serviros de mucho...
y á vos, María.

FER. (¡Qué escucho!...
clara se ve su intención!)
¡Os habéis equivocado
muy altamente, señor,
al conceder tal favor
en este hogar tan sagrado.
Pues desde niño aprendí
á trabajar con fé ciega
que hoy mi voluntad reniega
de lo que no merecí.
¡Nada me asusta en la tierra
y opinais muy torpemente,
pues llevo escrito en mi frente
lo que el corazón encierra!
Nunca la ambición soñé,
y hacéis de mí mal concepto;
quiero siguiendo el precepto
disfrutar lo que gané.
¡Idos! ¡pues no necesito
placer que roba la calma!
¡La nobleza está en el alma
y no en el oro maldito!

PATRI. Bien está.

MARÍA. ¡Calma!...

Obedezco, (Yendo hacia el foro.)
más ved que habéis humillado
al señor, en cuyo estado
sangrienta guerra os ofrezco.

(Fernando va á lanzarse sobre él. María le detiene.)

FER. ¡Oh!...

MARÍA. ¡Fernando!...
(En el foro.) (¡Que ahora calle
me conviene á no dudar,
más juro te has de acordar
de don Patricio del Valle!)
(Váse.)

ESCENA IX

MARIA Y FERNANDO

FER. Si alguna prueba de amor
guardas oculta en tu pecho;
si como hermano me quieres
y comprendes mi tormento,
vas ahora mismo á decirme
qué intenta ese caballero
al venir á nuestra casa.
MARIA. Ya lo escuchaste...
FER. Fué incierto.
MARÍA. ¡Oh! sí, Fernando.
FER. ¡Otra causa,
la que comprender no puedo,
le guía aquí. Yo ignoraba
quién era, pero al saberlo,
la duda abrasa mi mente
como llama del infierno.
No hace mucho, me he enterado
de su vida; sé que el freno
de sus pasiones mundanas
le arrastran hacia el averno,
y vas á decirme al punto
á qué vino.
MARÍA. (Con temor.) (¡Dios eterno!
¡cómo decirle!...) Tu mismo
escuchaste su proyecto;

ya sabes tú que...

FER. Corriente.
Mas tú en tono lastimero
le suplicabas... contesta.

MARÍA. No tal... (Vacilante.)

FER. ¡Inútil empeño,
y ¡ay de tí! si al fin consigo
indagar...

MARÍA. (¡Oh, qué tormento!...)

FER. Por nuestra triste horfandad;
por nuestro amor; por el celo
que consagro á tu existencia,
dí la verdad: yo prometo
que lejos de arrepentirte,
tu felicidad va en ello.

MARÍA. Pues bien, Fernando... ese hombre...
ese aborto del infierno,
me persigue sin descanso
hace ya días.

FER. (Fuera de sí.) (¡Ah!... ¡cielos!...)

MARÍA. Ya no le bastan mis súplicas,
ni lágrimas, ni lamentos,
á contener su pasión
tan odiosa.

FER. ¡Dios eterno!

(Coge maquinalmente la escopeta y se dispone á salir.)

MARÍA. ¡Dónde vas!... (Deteniéndole.)

FER. ¿Dónde? ¡á vengarte!

MARÍA. ¡No, Fernando; por el cielo!

FER. ¡Déjame!

MARIA. ¡Favor!...

FER. ¡No grites!...

MARIA. ¡Oh!... (Fernando logra desprenderse de María.)

FER. ¡Dentro de un momento,
aquí estaré!

MARIA. ¡No!... ¡Fernando!...
¡Socorro!...

FER. ¡Voy á su encuentro,
y ¡ay de él! (Sale por el foro.)
MARIA. ¡Favor! ¡Dios mío!...
¡Ah!... (Cae desmayada sobre el sillón.)

ESCENA X

MARIA Y JUANA

JUANA. (Saliendo.) Ese ruído... ¡Cielos!...
(Reparando en María.)
¡María! ¿qué es lo que ocurre?
¡Desmayada! ¡Dios eterno!...
¿qué habrá pasado?... Y Fernando
sin llegar aún... Pensemos
(Aturdida de un lado á otro.)
en reanimarla. ¡Hija mía!...
¡hija del alma!... ¡yo muero
de angustia!... ¡quién me socorre!
hija... hija... ¡vano empeño!
MARÍA. Seguidle. (Volviendo en sí.)
JUANA. ¿Qué es lo qué dice?
ya vuelve en sí...
MARIA. ¡Presto; presto!
¡detengámosle!
JUANA. María...
MARIA. Fernando...
JUANA. ¿Qué estás diciendo?
¿acaso ha llegado?
MARIA. Sí.
¡Hacia el castillo, resuelto,
va á morir!
JUANA. (Con angustia.) ¡Dios soberano!
¡Hijo del alma!
MARÍA. ¡Volemos!
(Se disponen á salir. Mostillo aparece en el foro y las detiene.)

ESCENA ULTIMA

DICHAS Y MOSTILLO

MOST. ¡Ya es tarde!
JUANA. ¡Ah!... ¿Quién sois vos?
MOST. Un ser que alienta en el mundo,
cuyo cariño profundo
solo inspirado por Dios,
es vuestra sombra constante
para daros protección,
cuya santa obligación
ya sabréis más adelante.
JUANA. Fernando... (Con ansiedad.)
MOST. No le esperéis.
Por dos hombres apresado,
fué en el castillo encerrado
por mi señor. Ya tendréis
ocasión de rescatarle,
pues aún vivo yo.
MARIA. ¡Dios mío!...
JUANA. ¡Ah, Fernando!...
MOST. ¡Yo confío
en que podamos salvarle!
Al ver tamaña injusticia
nada temáis por Fernando,
porque se va aproximando
la hora de la justicia.
JUANA. ¿Vos sabéis?...
MOST. Todo lo sé.
Vos seréis la noble anciana
que con piedad sobrehumana
junto al torrente...
JUANA. Si á fé...
Recogió á Fernando.

MOST. (Con alegría.) ¡Oh, cielos!...
vuestra suerte va á cambiar
pudiendo recompensar
vuestro cariño y desvelos.
¡Seguidme!...
JUANA. ¡Oh!... ¿Quién sois vos?
MOST. ¿Os acordáis de Mostillo?
JUANA. ¡Oh!... sí. (Recordando.)
MOST. Vamos al castillo,
ya explicaré...
JUANA. ¡Santo Dios!...
MOST. No perturbe vuestra mente
tan dolorosa aflicción
que hallaréis la salvación
en el Hijo del Torrente.

(Salen todos por el foro.)

TELON RÁPIDO

ACTO TERCERO

Salón de un castillo. Puertas laterales, al fondo rompimiento por donde cruza ancha galería. Muebles de la época y trofeos en las columnas del rompimiento. A la derecha, primer término, mesa cubierta y á su lado sillón de baqueta. Al fondo izquierda, secreter. PATRICIO aparece sentado, con muestras de abatimiento.

ESCENA PRIMERA

PATRICIO

PATRI. ¡Horrible día! Cual nunca
siento despertarse el alma
al eco de mi conciencia
ajena á toda esperanza.
¡Ah!... yo era felíz; mi mente
jamás la ambición soñaba
y nunca turbó el reposo
la justicia de mi infamia.
¡Felices días!... Hoy miro
en derredor de mi estancia,
una sombra que circula
y que lentamente avanza,
señalando al asesino

de Don Martín de Peralta.
(Con febril exaltación.)
Sombra que grita incesante:
«¡Del asesino la mancha,
no la expiación, la muerte
tan sólo puede borrarla!
¡Yo soy el hijo del hombre
que con tu traición villana,
al arrancarle la vida
tú labraste mi desgracia!
¡Por tí murió encarcelado
Maese Antón, pues que tu falta,
fué á pagar el inocente
entre suspiros y lágrimas.
¡Tu hacienda me pertenece
pues que por tí fué usurpada
al dar la muerte á mi padre
tu negra traición!...» ¡Oh basta!
¡basta horrible pesadilla,
no aumentes con tu amenaza,
esta vida de amargura
que mi existencia arrebata!
(Pausa.)

Diez años han transcurrido,
sin que la sombra más vaga
venga á turbar el reposo
de esta vida codiciada...
Diez años, que soy el dueño
de este castillo que alcanza
á dos leguas en contorno
las heredades que hermana,
cuyo sólo propietario
es Fernando de Peralta.
(Pequeña pausa.)

¡Y aún le tengo prisionero!...
¡Y aún le entretengo con maña
para que encerrado, sea

instrumento á mi venganza,
mientras logro de María
esta pasión que me abrasa!
¡Oh!... cese ya aquesta lucha;
halle mi ambición lograda,
y yo les haré dichosos
en pago de mis infamias.
Casado con ella, aún puedo,
remediando sus desgracias
hacer dichoso al que sufre
de mi ambición, tales ansias.
(Queda en profunda meditación. MOSTILLO aparece en el foro y observa.)

ESCENA II

DICHO Y MOSTILLO

MOST. (Hola; parece que duerme...
Yo indagaré los motivos
conque obligan á Fernando
á estar preso en el castillo.)
PATRI. ¿Eh?... ¿Quién es? (Volviéndose.)
MOST. (Avanzando.) Soy yo, señor.
PATRI. ¿Qué deseas?
MOST. (¿Y qué digo?)
Yo siento haber molestado
al señor; pero ahora mismo,
al cruzar la galería
que conduce hasta este sitio,
siento que hablan tras de mí;
doy la vuelta, y de improviso
veo que abren la ventana
del salón: ¡cuál no habrá sido
mi sorpresa al observar
que en aquél ancho recinto,
se hallaba un hombre...
PATRI. (Con sequedad.) Lo sé.

MOST. Yo dije: ¡Por San Francisco!...
¿algún pájaro de cuenta
que en la trampa habrá caído?
me conviene vigilarle.

PATRI. No es menester.

MOST. Lo concibo,
porque el cerrojo está echado
y es fuerte; pero hay motivos
de tal índole...

PATRI. Es asunto
que entre el preso y yo va unido
cierto secreto que á tiempo
sabrás.

MOST. No trato inquirirlo.
(Por tu parte me parece
que no saco nada en limpio
mas conozco tu intención,
y ¡ay de tí, si yo consigo!...)

(Cambiando de voz.)

No fué mi ánimo, señor
saber nada; sólo insisto
en advertir que ese hombre
después de haber cometido
los delitos,—que yo ignoro—
y que indagar no preciso,
se pasea cual si fuese
el dueño de este castillo.

PATRI. (¡Oh!...) Está bien; dí á Damián,
que cierre bien los pasillos,
y tú conduces al preso
ante mí.

MOST. Seréis servido.
(Nada, por mucho que calles,
todo lo sabrás, Mostillo,
y entonces...)

(Yendo al foro.)

PATRI. (Volviendo.) ¿Eh? ¿qué murmuras?

MOST. Nada, que voy ahora mismo.
(Váse Mostillo foro. Pausa. Patricio examina la escena.)

ESCENA III

PATRICIO SOLO

PATRI. Solo estoy; cerca de mí
veré dentro de un momento
al que infame con él fuí,
arrastrando en pos de sí
la cadena del tormento.
Más no fuí yo; fué el destino,
que lanzándome al camino
de la desesperación,
vió coronar mi ambición,
la marca del asesino.
Ya es inútil recordar
las horas del desvarío,
pensando sólo en hallar
medios, para demostrar
que el condado sólo es mío.
(Pausa.)
Si en alas de mi esperanza
por fin mi ventura alcanza
el unirme con María,
quizá en mi desdicha impía
luzca el iris de bonanza.
(Se acerca al secreter.)
¡Oh secreto codicioso,
en cuyo fondo atesoras
el legado misterioso,
y el cual me hace venturoso
en mis desdichadas horas.
Por tí tan sólo yo soy
el dueño de este condado

y por doquiera que voy,
á todas horas estoy
de servidores cercado.
Miren de nuevo mis ojos
esta codiciada herencia!...
(Saca unos pliegos que contempla.)
¡Ah!... vencieron los sonrojos,
al contemplar los despojos,
de mi dormida conciencia!...
¡Este es el pliego fatal,
que por instinto infernal
robé á Martín de Peralta,
y en cuya funesta falta
sólo puedo hallar el mal!
¡Oh!... cual se abrasa mi frente
al recordar solamente
que este pliego le robaba,
y en tanto, muerte le daba
para arrojarle al torrente.
¡Basta ya, fiero tormento!
¡No aumente mi sufrimiento
la prueba de mi delito;
vuelve á tu seno maldito
y aplaca el remordimiento!
(Al depositar los pliegos en el secreter cambia de idea.)
Más no; tan necia clausura,
no purgará la amargura
que el cielo castigará;
aquí en mi pecho, hallará
más odiosa sepultura!
(Guarda el pliego precipitadamente en el pecho. Fernando aparece en el foro.)

ESCENA IV

DICHO y FERNANDO

PATRI. (Aquí está ya.)
FER. (Con reprimida cólera.) Caballero...

á impulsos de la prudencia
al hallarme en vuestra casa,
por motivos que no acierta
mi razón á comprender,
ha sido causa que acceda
á esperar explicaciones,
y no recurra á la fuerza.

PATRI. Pronto lo sabréis; más veo
que vuestro orgullo se eleva,
y tened por entendido
que aquí mando yo.

FER. (Resignado.) Bien, sea.
Como fiera acorralada
me tenéis, y sólo espera
vuestro humilde prisionero,
cumplir las órdenes vuestras.

PATRI. Veo que os equivocáis
al juzgar las apariencias.
Vos no sois mi prisionero;
arrastrado por la fuerza
os sorprendí, para daros
la alegría más suprema.
Vos sois cazador; el monte
cubierto con sus malezas,
no os proporciona la dicha
que merecéis.

FER. ¡Necio fuera,
si en ello encuentro el sustento
como digna recompensa!

PATRI. Sin embargo, ¿habéis pensado
que otra persona en la tierra
merece ser venturosa?
¿Os olvidáis que por ella
alentáis vos en el mundo?

FER. Acaso...

PATRI. La historia vuestra.
ha poco supe, y por eso
os juro que me interesa.

Las riquezas del castillo,
todo cuanto me rodea
quiero compartir con vos;
quiero que esa anciana vea
su virtud recompensada
como premio á su nobleza.

FER. Tal bondad... (Con recelo.)

PATRI. ¿Os convencéis
que en medio de la tormenta,
muchas veces luce el iris
de la esperanza?

FER. (No acierta
mi razón... quizá este hombre
de su pasión se arrepienta...
y yo creía...)

PATRI. Ya hastiado
de tan contínuas riquezas,
trocarlas quiero en virtudes
para alegrar mi existencia.
Sois pobre: deber sagrado
es sacar de la miseria
á esa infeliz... no temáis;
desde ahora mismo mi hacienda
compartiré con vosotros
con tal que dichosa sea,
y en cambio... muy poco os pido;
de María la belleza
me enagenó...

FER. (Indignado.) ¡Basta, basta!
¡no esperaba otra propuesta
á tantos merecimientos,
pero es vana vuestra empresa!
¿Pensais comprar su cariño
por medio de las promesas?...

PATRI. ¿Qué decís?

FER. ¡Oh!... torpe andais
al pensar que se doblega
su amor ante la ambición...

MARIA. ¡Fernando!... ¡Fernando! (Dentro.)
FER. ¡Es ella!
¡Oh!... corro...
(Va á dirigirse al foro. Patricio le detiene.)
PATRI. ¡Calma un instante!
sólo de vuestra prudencia
al estar aquí los dos,
pende su vida y la vuestra.
El castillo es una tumba
para los que en él penetran
á mi despecho; mas vos
podéis torcer tal idea.
FER. ¡Qué decís! (Horrorizado.)
PATRI. Si es que la amais;
si vos no queréis que muera,
entrad ahí, sólo un momento;
(Señalando primera izquierda.)
quiero escuchar de su lengua
que os quiere tan sólo á vos,
en tanto que me desprecia.
Si tal llega á suceder,
no temais; libre la puerta
la tenéis.
FER. Más...
PATRI. De otro modo
juro trocar vuestra idea.
FER. ¡Qué escucho!
PATRI. ¡Sólo á ese precio
la salvaréis! Ella llega.
Entrad.
FER. (¡De su amor respondo!)
PATRI. ¡Pronto! pues ella se acerca
(Empujándole hacia la puerta. Fernando entra. Patricio, con sonrisa infernal, echa la llave.)
FER. ¡Traición!... (Dentro.)
PATRI. ¡Ahora será mía,
si no de agrado, por fuerza!

ESCENA V

PATRICIO y MARIA

MARIA. ¡Fernando!... ¡Vos!... (Retrocediendo.)
PATRI. No temais.
MARIA. Decidme, ¿dónde se halla?
PATRI. Nada temais por su vida,
pues al hallarse en mi casa,
no corre peligro.
MARIA. (Con alegría.) ¡Ah!...
¡Vos que comprendéis mis ansias,
decidme...
PATRI. Calma un momento
y no os alarmeis por nada,
puesto que de vos depende
su salvación.
MARIA. ¡Virgen santa!...
PATRI. Ya escuchásteis; su existencia
en vos está.
MARIA. ¡Yo lograrla
sabré á costa de mi vida!
PATRI. Me agradan vuestras palabras.
¿Vos queréis que viva?
MARIA. ¡Oh!... sí!
PATRI. ¿Le queréis?
MARIA. ¡Con toda el alma!
PATRI. Pues para salvar su vida;
para contener las lágrimas
de esa anciana que os espera,
juzgándose abandonada,
un pequeño sacrificio
os impongo...
MARIA. (Adivinando.) ¡Empresa vana!
PATRI. Sed mi esposa...
MARIA. (Con desprecio.) ¡Nunca! ¡nunca!
(Momento de pausa.)
PATRI. Está bien; jamás pensara

que entre la vida y la muerte
lo segundo os agradaba.
Al despreciar la fortuna
que hoy arrojo á vuestras plantas,
caminais al precipicio
arrastrando en vuestra causa
la existencia de Fernando
y la suerte de esa anciana.

MARIA. ¡Oh!... no...

PATRI. Si vos accediéseis,
pronto veríais trocada
vuestra amargura en delicias
y vuestra inquietud en calma.
Vos al uniros conmigo,
consolaréis la desgracia
de vuestra madre y Fernando,
y ellos os darán las gracias
por haberlos libertado
de vuestra pobreza.

MARIA. ¡Basta!..,

PATRI. De no ser así, la muerte
veréis en ellos trocada
y vos seréis la culpable.

(Se dirige al fondo.)

MARÍA. ¡Oh, donde váis! (Deteniéndole.)

PATRI. (Amenazante.) ¡Desgraciada!...
sólo otorgando su muerte,
podré cumplir mi venganza.

MARÍA. ¡Oh, deteneos!...

PATRI. Muy bien.
Sólo espero ver trocada
vuestra intención; más preciso...

MARÍA. No os han bastado mis lágrimas
ni súplicas, á torcer
vuestra insaciable amenaza.
No hay duda, sois un infame
que gozándose en mis ansias
con esa pasión maldita

me alejáis toda esperanza.
Sois verdugo de mi honra
que saciando vuestra infamia
hoy por la fuerza queréis
hacerme desventurada.
Más no será; el corazón
no obedece á la demanda,
suya seré, aunque la muerte
venga al instante.

PATRI. Me extraña
que haya tenido paciencia
para oir tales palabras,
sin haceros comprender
que nunca cede el que os manda.
Y pues que llegó la hora
de mi voluntad, ya tarda
mi venganza hacia Fernando,
rogad por él.

MARIA. ¡Oh, no!...
(Fuera de sí y deteniéndole.)

PATRI. Basta.
no me detengais.

MARÍA. Pues bien,
¡Miserable! Resignada
me encuentro á todo, pero antes
decidme dónde se halla
Fernando...

PATRI. Nada temais.
Cumplida vuestra palabra
le veréis.

MARÍA. Pero mi madre
me ha seguido fatigada;
corro á buscarla...

PATRI. (Deteniéndola.) Esperad.
vos no saldréis de esta casa,
pues yo mismo iré por ella.

MARÍA. ¡Oh!... ¿dudáis?...

PATRI. Quiero enterarla

de vuestra resolución.
¡Pronto vuelvo!
(Váse por el foro.)

MARÍA. ¡Virgen santa!...
¡Tú que ves mi sacrificio,
dáme alientos, dáme calma!
(Queda en profunda meditación. Mostillo aparece sigilosamente por el foro al encuentro de María.)

ESCENA VI

MARIA y MOSTILLO

MARÍA. ¡Ah!... ¿sóis vos?
(Al sentir sus pasos.)
MOST. Nada os asuste.
MARÍA. Pero, Fernando...
MOST. ¡Silencio!
De todo estoy enterado.
y por mi vida os prometo,
que la maldad de ese infame
no triunfará, ¡vive el cielo!
MARÍA. ¿Vos sabéis?...
MOST. El me ha encargado
que vigile este aposento
donde ha encerrado á Fernando,
pero yo advertiros debo
que no temáis por su suerte.
MARÍA. ¡Luego está aquí!...
(Dirigiéndose al cuarto izquierda.)
MOST. (Deteniéndola.) ¡Vano empeño!
No os acerquéis ó es perdido;
además, hace un momento
le he hablado por la ventana
que dá al salón; y de acuerdo
hemos quedado los dos
para lograr que ese necio

no lleve á cabo su plan.

MARÍA. ¿Qué intentais?

MOST. Cierto proyecto
que ya á su tiempo sabréis,
por ahora sólo os prevengo
que al hablaros de su boda
dad vuestro consentimiento
aunque os cueste gran trabajo,
pues no triunfará en su empeño.

MARÍA. Pero...

MOST. Fernando lo sabe
y accede gustoso á ello,
pues él sabe como yo
que no ha de llevarse á efecto.

MARÍA. Entonces...

MOST. Decid que sí,
pues juro con noble aliento
trocar sus planes.

MARÍA. ¡Ah!... ¡gracias!...

MOST. Juana conoce el secreto.

MARÍA. ¿Luego mi madre?...

MOST. La he dicho
todo nuestro pensamiento,
y aunque la veáis afligida
no tengáis ningún recelo.
No le neguéis vuestra mano,
que aquí estoy yo.

MARIA. (Con alegría.) ¡Oh!... comprendo...

MOST. Adiós, y nada temáis.
Me voy por si llega.
(Váse foro.)

MARIA. ¡El cielo
se apiada al fin de nosotros,
y me devuelve el sosiego!

ESCENA VII

MARIA sola.

MARIA. Se fué: por fin el destino

hizo que hayase clemencia,
y hoy es nuestra providencia
en medio de mi camino.
Voy á llamar...

(Se dirige al cuarto de Fernando, y al llegar cambia de idea.)

No me atrevo;
que nuestro buen protector
lo ha exigido, y en rigor
respetar sus planes debo.
¡Oh!... qué misterio le obliga
á aborrecer á su dueño,
en tanto que con empeño
nos tiende su mano amiga.
Mas Dios haga que su fé
nos libre del compromiso...

(Se oyen pasos.)

Se acercan... ahora es preciso
serenidad... la tendré.

(Aparecen en el fondo Mostillo y Patricio. Este da órdenes á Mostillo en voz baja.)

ESCENA VIII

MARIA, PATRICIO y MOSTILLO, á poco JUANA

PATRI. (Que cuide Damián las puertas
que dan entrada al castillo,
y tú cumple con mi encargo.)
MOST. Todo lo tengo previsto,
y dentro de unos momentos
llegarán.
PATRI. (¿Fácil te ha sido?)
MOST. (Y tan fácil. A mi encargo
han acudido solícitos
y ya en la capilla está
todo arreglado.)
PATRI. (Pues listo.)

MOST. (Perded cuidado.)
(Mostillo desaparece. Patricio avanza.)
MARIA. (Con ansiedad.) ¿Y mi madre?
PATRI. Ya llega.
MARIA. (¡Valor... Dios mío!)
(Sale Juana por el fondo.)
¡Madre!...
(Abrazándose.)
JUANA. ¡Hija mía!
MARÍA. (A Juana.) (¡Valor!
acaso os dijo Mostillo...)
JUANA. (De todo estoy enterada.)
MARÍA. (Entonces...)
JUANA. (¡Silencio digo!)
PATRI. Creo que estéis persuadida,
(A María.)
de que mi oferta he cumplido.
Enterada vuestra madre
de vuestro fiel compromiso,
accede, siempre que vos
os afirméis en lo dicho,
á este enlace que ha de ser
término á vuestro martirio.
MARÍA. Nada tengo que oponer,
y á pesar del sacrificio
que pronunciaron mis labios,
yo obediente me resigno,
siempre que déis á Fernando
la libertad.
JUANA. ¡Yo os lo pido
en el nombre del señor!
Presentadme al hijo mío,
y después se cumplirá
vuestra voluntad.
PATRI. Yo estimo
la obediencia, más no puedo.
JUANA. ¡Qué decís?...

PATRI. Graves motivos
me obligan á que Fernando
esté encerrado, y él mismo
quizá agradezca en el alma,
mi opinión.

MARIA. ¡Ah!... no concibo
vuestro temor: ¿dudaréis
estando aquí en el castillo
que desobedezca?

PATRI. No;
más sabiendo lo ocurrido,
nada extrañaréis, el que obre
de este modo: ya previsto
lo tengo todo; un notario,
el padre, más dos testigos,
vendrán dentro de un momento:
sólo un instante, y yo mismo
le traeré á vuestra presencia;
después... todo ha concluído.
Si accedéis, vuestra fortuna;
si no accedéis, el abismo!

MARÍA. (¡Dios mío!)

JUANA. (¡Valor María,
ten confianza en Mostillo,
que él nos protege.)

MARÍA. (A Juana.) (Es verdad.)

(Con fingida resignación.)

Pues bien señor, me resigno
y obediente sólo acato
vuestro mandato.

PATRI. (Con alegría.) (¡El destino
de nuevo me favorece!)
¡Oh!... por fin... Ahora es preciso
que esperéis solo un instante.
Entrad aquí: yo os afirmo,

(Primero derecha.)

que dentro de unos momentos

llegará, y os paso aviso.

MARIA. Bien está, pero Fernando...

PATRI. Nada temáis.

JUANA. (Entrando.) (Yo confío
que ese hombre le salvará.)

MARIA. (¡Protegedle, Dios bendito!)

(Patricio las acompaña hasta la derecha por donde desaparecen, quedando observando desde la puerta.)

ESCENA IX

PATRICIO

(Asomándose al foro.)

PATRI. Aún no han llegado. ¿Por qué
late mi pecho angustiado,
si ya por fin he logrado
lo que tanto ambicioné?
¿Por qué vacila mi fé
y en horrible convulsión
hoy late mi corazón
con terquedad tan impía,
si en el amor de María
puedo hallar mi salvación?
¡Loco de amor la seguí,
y en horrible sufrimiento,
trocó mi gozo en tormento
desde el punto en que la ví!
Si mi anhelo conseguí,
¿Por qué esta necia tortura
trocó en penas mi ventura?
¡En mis brazos quiero verte,
y venga después la muerte
al gozar de tu hermosura!

ESCENA X

DICHO Y DAMIAN (en el fondo.)

DAMIÁN. ¡Señor!. .

PATRI. ¿Qué ocurre?

DAMIÁN. El notario
al que acompañan testigos,
ahora acaban de llegar.

PATRI. Que entre al punto, y pasa aviso
cuando llegue el padre.

DAMIÁN. Bien.
(Váse.)

PATRI. ¡La dicha que tanto ansío
al fin veré realizada
en este momento mismo!
(Aparecen en el foro, Damián y Notario.)

ESCENA XI

DICHO, DAMIAN Y NOTARIO

DAMIÁN. Entrad. (Váse.)

PATRI. (¡Qué pasa por mí!)

NOTAR. El cielo os guarde. Cumpliendo
con mis deberes sagrados,
sabed, señor, que me encuentro
á vuestra disposición.

PATRI. Bien está; solo deseo
aprovechar los instantes;
dentro de pocos momentos
llegará el padre y en tanto,
conviene que esté dispuesto
lo demás.

NOTAR. Seréis servido.
Aquí está ya el documento,
(Mostrando un pliego.)
que firmaréis...

PATRI. Al instante;
esperad: pues ya no hay tiempo
(Dirigiéndose á la derecha)
que perder, voy á avisar
á la novia, y... (Entra en el cuarto.)

NOTAR. (Con desconfianza.) (En su acento
se adivina una traición
funesta... pero callemos.)

ESCENA XII

PATRICIO, MARIA y NOTARIO á poco MOSTILLO
(de fraile.)

PATRI. Salid. (A María.)
MARIA. (No sé qué pensar.)
(¡Oh!... si nos habrá engañado...)
PATRI. (Libre de todo cuidado,
mi fin voy á realizar.)
Señor notario, dispuesta
se encuentra la desposada.
NOTAR. (Ese llanto... esa mirada
en su favor me contesta.)
MARIA. (¡Oh, Dios! ¡valor!)
(Con angustia.)
PATRI. (Al notario.) Terminemos
tan sagrado compromiso;
otorgad nuestro permiso
y los contratos firmemos.
(Mostillo con barba y capucha calada aparece en el fondo y avanza lentamente acompañado por dos esbirros.)
NOTAR. Decís bien, y pues ya espera
vuestra bendición, firmad.
MARIA. (¡Oh!... ¡Qué terrible ansiedad!...)
PATRI. (¡Ni una palabra siquiera!...)
(Aparte á María.)
(Patricio toma la pluma que le acerca el notario y firma el documento que habrá sobre la mesa.)
PATRI. ¡Ya está! (De mi salvación
el momento ansiado avanza!)
NOTAR. Ahora vos. (A María.)
MARIA. (¡No hay esperanza!...)

(¡Dios mío, resignación!)

(María con mano trémula se dispone á firmar el documento. Mostillo se acerca á Patricio desfigurando la voz y deteniendo á María.)

MOST. Y yo que al templo bendito
voy de vuestra unión en pos,
antes, y en nombre de Dios,
ved lo que dice este escrito.

(Saca un pliego que entrega al notario. Espectación. El notario lee para sí.)

PATRI. (¡Oh!).. (Aterrado.)

MARÍA. (¿Qué sucede?)

PATRI. (¡Esa voz!...)

MOST. Paciencia, hermano un momento.

NOTAR. ¡Cielos!... ¡Qué papel es este!...

(Repasando el escrito.)

Sí... no hay duda... ¡un testamento!..
En él Martín de Peralta
declara por heredero
de este castillo y haciendas,
por ser el único dueño
á Fernando de Peralta,
conocido en este pueblo
por el Híjo del Torrente.

PATRI. ¡Maldicion!... (Fuera de sí.)

MOST. ¡Y al mismo tiempo,
ved en Patricio del Valle,
al vil asesino.

NOTAR. ¡Cielos!
¿Luego el crimen de la Venta?...

MOST. ¡Ved al infame! (Señalando á Patricio.)

PATRI. ¡Oh!... ¡Su aspecto! ..
¡Quién sois!

MOST. ¡Patricio del Valle!
¿os acordáis de aquel lego
que entró en la Venta del Diablo
há diez años?

PATRI. (¡Justo cielo!)
MOST. ¿Conocéis este papel
que en el trance postrimero,
robó á Martín de Peralta
su asesino?
PATRI. (Aterrado.) ¡Basta, entiendo!
¡Oh!... ¡Quién sois!...
MOST. Miradme bien.
(Mostillo echa atrás la capucha y quítase la barba. Espectación.)
MARIA. ¡Mostillo!
PATRI. ¡Cielos! ¡qué veo!
¡mi fiel criado!... ¡mi amigo!
MOST. El mismo sí, que cumpliendo
con la obligación cristiana
de un sagrado juramento,
te ha seguido paso á paso
hasta hallar el heredero
y hacer hoy patente y claro,
de tu crimen el misterio.
PATRI. ¡Dios te confunda!

ESCENA XIII

DICHOS Y FERNANDO

(Mostillo se dirige al foro y aparece de nuevo con Fernando.)
MOST. ¡Fernando!
hoy la justicia del cielo
te presenta al asesino
de tu padre. (Señalando á Patricio.)
FER. ¡Dios eterno!
MOST. Su riqueza sólo es tuya.
PATRI. ¡Oh traición!...
FER. ¡Todo el infierno
no basta para que purgues
tus criminales intentos!
(Hiere á Patricio, que cae agonizante.)

PATRI. ¡Jesús! (Cayendo.)
MARIA. ¡Qué has hecho!
NOTAR. ¡Qué hicísteis!
FER. Sólo cumplir mi derecho.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS Y JUANA

JUANA. (Viendo á Patricio.)
¡Muerto!
NOTAR. Le ampara la ley
(Señalando á Fernando.)
que en ley justa y natural
dió la muerte á un criminal
pregonado por el Rey.
FER ¡Mostillo! (Abrazándole.)
MOST. Grata esperanza
luzca desde hoy, hijos míos,
que al fin los duelos impíos
se truecan en bienandanza.
FER. ¡Oh, gracias!
MARIA. Tanta ventura
cómo os podremos pagar...
(A Fernando.)
MOST. A su lado habéis de estar
para aplacar su amargura.
Sólo falta á vuestra historia
que os enlacéis con María,
para que este feliz día
no borréis de la memoria.
y pues habéis alcanzado
vuestra dicha más ferviente,
borre *El Hijo del Torrente*
los recuerdos del pasado.
(CUADRO)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DRAMÁTICAS DE D. FLORENTINO MOLINA

EL MARTIR DEL CALVARIO. Drama sacro-bíblico, en cuatro actos y veintisiete cuadros, original y en verso. (1).

JOSÉ MARIA Ó LOS BANDIDOS DE SIERRA-MORENA. Melodrama histórico de costumbres andaluzas, en cuatro actos y en verso.

EL REY DE SIERRA-MORENA. (Segunda parte de *José María*). Melodrama histórico de costumbres andaluzas, en tres actos y prólogo, original y en verso.

MARIA, Ó LA HIJA DE UN JORNALERO. Drama de costumbres, en cuatro actos y en verso.

LA CRUZ DEL REDENTOR. Drama sacro-bíblico, en cinco actos y en verso (2).

LA RENDICIÓN DE GRANADA. Drama histórico, en cinco jornadas y en verso, original.

EL HIJO DEL TORRENTE. Melodrama en tres actos y en verso, original (3).

EL ÚLTIMO REY GODO. Drama histórico, en un acto y en verso.

EL CUERNO. Pasillo-cómico-lírico-tauromaco, en un acto y en verso (4).

EL DEL PISO CUARTO. Juguete cómico, en un acto y en verso.

LOS COMPROMISOS. Juguete cómico, en un acto y en verso.

---

(1) Música del maestro D. Apolinar Brull.

(2) En colaboración con D. Ricardo Juvera. Música de los maestros Pastor y Monteverde.

(3) En colaboración con D. Vicente Santana.

(4) En colaboración con D. Ricardo Juvera. Música de Don Federico Gassola.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, cal de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jer nimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manu* ***Rosado***, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del So de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *seño res Simón y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de esta Administració

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplare directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro sin cuyo requisito no serán servidos.